
Los exaltados. Antología de escritos sobre cine en periódicos y revistas de la Ciudad de México, 1896-1929

Angel Miquel, *Los exaltados. Antología de escritos sobre cine en periódicos y revistas de la ciudad de México, 1896-1929*, México, Universidad de Guadalajara, Centro de Investigación y Enseñanza Cinematográfica, 1992, 278 pp., il.

Aleksandra Jablonska

Los *exaltados*, el nuevo libro de Angel Miquel, teje al mismo tiempo dos historias, la de la aparición y la expansión del cinematógrafo en la Ciudad de México y la de la propagación de los escritos periodísticos que se proponían seguir la trayectoria del asombroso invento.

Ambos —el artefacto y la crítica cinematográfica que pretendía dar cuenta de su difusión en la capital— tuvieron

orígenes paralelos. Las primeras películas filmadas en México copiaban las vistas francesas y muchos de los artículos que aparecieron en la prensa repetían lo dicho por los periódicos europeos.

Al mismo tiempo, y a medida que el cine provocaba un creciente interés en las élites intelectuales capitalinas, aparecieron en la prensa de la época colaboraciones que reflejaban el clima intelectual del momento. El cine era visto por los positivistas como aparato que reproducía la realidad de manera fiel, como documento veraz y objetivo de su época. A la vez, el espectáculo excitaba a los modernistas que buscaban evadirse del mundo en que les tocó vivir y que les parecía despreciable, echando a volar la fantasía mientras admiraban en la pantalla paisajes exóticos o costumbres insólitas.

En los primeros años de su vida, la crónica cinematográfica tomaba ropajes prestados a otros géneros periodísticos: notas publicitarias, ensayos literarios o artículos teatrales. Tampoco poseía un lenguaje propio, por lo que empleaba términos tomados de la crónica teatral o de la crítica del arte. Con el tiempo, no obstante, fue definiendo su identidad a medida que el propio cine encontraba su forma peculiar de expresión que lo distinguía claramente de las otras artes.

Las primeras crónicas vieron en el cinematógrafo una manifestación del progreso en la

ciencia y un medio para difundir dicho desarrollo. Se pensaba que el cine debía ser ante todo útil a la sociedad como un instrumento que guardara su memoria o como su medio de educación. Al mismo tiempo se adivinaba su capacidad de divertir y de entretener haciendo olvidar al público las penurias de la vida cotidiana. Sólo después de la Revolución, cuando el propio cine se diversificó y fue capaz de satisfacer necesidades y expectativas diferentes, fue cuando se le reconoció un lugar propio. El cine no podía compararse con el teatro, pero tampoco era “una diversión de niños o una maquineta para engañar bobos”, declaraba Rafael Bermúdez en una colaboración publicada en 1924 en *El Universal*. Por el contrario, poseía recursos propios que lo convertían en un espectáculo atractivo y apreciable, comparable con cualquier otro arte.

Fue también en aquella época cuando la crítica cinematográfica se distinguió claramente de otras notas culturales. Hubo cada vez más periodistas dispuestos a dedicarse por completo al tema. La especialización provino algunas veces de la experiencia que éstos adquirieron en la propia actividad cinematográfica, como fue el caso de Carlos Noriega y de Rafael Bermúdez, argumentistas y directores de un par de películas mexicanas, o de Juan Bustillo Oro.

Otros eran periodistas que, si bien se habían iniciado en el oficio con algún tema diferente, a

medida que crecía la demanda de artículos que pudieran orientar el gusto del público por un arte apenas emergente, decidieron abordar el asunto desde una perspectiva personal. Este fue el caso de Hipólito Seijas, pseudónimo de Rafael Pérez Taylor, a quien el libro de Angel Miquel le debe su título. Pérez Taylor fue inicialmente un cronista taurino; dirigió un periódico obrero y dos diarios convencionalistas en la época de la Revolución Mexicana. Terminada la lucha armada fue invitado a colaborar en *El Universal*, donde publicó la columna “Por las pantallas”. Le interesaban temas muy variados: el público de los cines (“Los exaltados”); los pianistas que, sin ser advertidos y por un modesto salario tocaban sus instrumentos mientras el público se deleitaba mirando las películas mudas; la ilusión que producían la fama y los ingresos exorbitantes de las artistas del cine en las mujeres que carecían de ambos y, desde luego, las películas mismas.

Cube Bonifat se sumó a quienes decidieron dedicar su pluma a los temas cinematográficos encargándose de una columna en *El Universal Ilustrado*. Enemiga declarada del “cine yanqui”, caracterizado por su orientación comercial y la repetición de los mismos esquemas, Bonifat trataba con mayor benevolencia las producciones europeas. Su inteligencia y su agudeza crítica le permitieron diseñar un estilo

propio en la crónica cinematográfica.

La selección que hizo Angel Miquel incluye también a personajes famosos por su aportación al mundo de las letras, Luis G. Urbina, José Juan Tablada, Martín Luis Guzmán o Jaime Torres Bodet, cuyos escritos sobre el cine son menos conocidos.

Más que ofrecer una antología de textos sobre el cine, cronológicamente ordenada, el libro de Angel Miquel permite revivir el ambiente de las épocas en que el invento era todavía una novedad. Los sentimientos y las reacciones que provocaban las películas o sus intérpretes, la magia de las salas de cine, los sueños y las ilusiones que despertaban las grandes divas, los vituperios al nuevo arte y los alegatos apasionados a su favor—todo esto está en las páginas de un libro encantador que nos lleva por el camino sinuoso de la historia del cine en México.

En este camino hubo tantos fracasos como aciertos, tantas películas malas que no recibían sino trato sarcástico por parte de la crítica y desprecio del público, como filmes, directores y actores que merecieron un trato más amable y, en ocasiones, una acogida entusiasta. Algunas de las crónicas que forman parte de la antología pretenden dar cuenta de

los múltiples aspectos de los filmes para realizar las conexiones existentes entre la dirección de los actores, la fotografía, la escenografía y la música, o bien para lamentar el que los distintos elementos se desarrollen sin guardar relación alguna con los demás; otras otorgan un trato preferente a las estrellas.

En efecto, el *star system* que dominó toda la producción hollywoodense, y la influencia de las revistas norteamericanas cuyas noticias sobre el cine solían girar en torno a las actuaciones, la vida y el *glamour* de las estrellas, fueron rápidamente asimilados por la prensa mexicana. Mary Pickford, Lyda Borelli, Gloria Swanson, Lupe Vélez, Pola Negri fueron objeto de la admiración y de la añoranza; se convirtieron en rostros y cuerpos glorificados por todo el público de los cines. Hubo también, desde luego, grandes figuras masculinas: Douglas Fairbanks, Max Linder y Chaplin, reconocido tempranamente por... José Luis Velasco, según una afirmación de él mismo en una crónica publicada en *Zig-Zag* en 1922.

Los exaltados de Angel Miquel no se dirige sólo al intelecto y a la emoción; la calidad de su edición y de las ilustraciones garantizan momentos gratos a cualquier lector exigente.